

**UNA PARODIA FERROZ EN
HISTORIA DE MAYTA
DE MARIO VARGAS LLOSA**

**A FIERCE PARODY IN
HISTORIA DE MAYTA
BY MARIO VARGAS LLOSA**

Ivonne Piazza de la Luz, Ph. D.
Universidad de Puerto Rico
Correo electrónico: ivoico@aol.com

Resumen

El ensayo revisita la novela *Historia de Mayta*, de Mario Vargas Llosa, ya no desde su cariz político, sino desde una perspectiva cervantina, al detectar temas y técnicas literarias convergentes con la obra cumbre de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*. El tema de la ficción, la parodia a sus protagonistas, el narrador plural y la metaficción vincula ambas obras de manera muy particular.

Palabras clave: ficción cervantina, parodia, narrador plural, conato subversivo, metaficción

Abstract

The essay revisits Mario Vargas Llosa's novel *Historia de Mayta*, not from a political point of view, but from a Cervantine perspective, as it becomes feasible to identify convergent literary themes and techniques with Cervante's top masterpiece, *Don Quijote de la Mancha*. The "fiction" theme, the main character's parody, multiple narrators, and the metafictional component link both literary works in a very particular way.

Key words: Cervantine fiction, parody, multiple narrators, subversive outbreak, metafiction

Recibido: 29 de mayo de 2016. Aprobado: 24 de octubre de 2016

En el prólogo que Mario Vargas Llosa incorpora a su novela *Historia de Mayta*, publicada en 1984, en la edición del año 2000, articula su queja por ser la “peor entendida” de todas sus novelas y la “más maltratada” por “sus apasionados críticos... [quienes] han visto en ella —oh manes de la ideología— solo una diatriba política” (“Prólogo”, 2000: 9-10). Allí señala que considera esta novela la “más literaria de todas” las que hasta entonces ha publicado y hace hincapié en que su tema central no es precisamente el político, sino “la ambivalente naturaleza de la ficción que cuando se infiltra en la vida política la desnaturaliza y la violenta” (9-10, énfasis nuestro). Quisiera traer a colación las expresiones de Vargas Llosa en el prólogo que escribe para la edición del IV Centenario de *Don Quijote de la Mancha* en 2004: el “gran tema [de Don Quijote de la Mancha] es la ficción, su razón de ser, y la manera como ella, al infiltrarse en la vida, la va... transformando” (2004: XV, énfasis nuestro). Más allá de que el autor peruano esboze una de las interpretaciones ampliamente difundidas sobre la novela cumbre de Miguel de Cervantes, estamos ante manifestaciones casi idénticas a las que emite en su prólogo a *Historia de Mayta*, donde la “ficción” tematizada se entroniza en el texto y adquiere un rol protagónico.

En *Historia de Mayta* asistimos a la construcción de la novela a la vez que nos la cuentan. Recordemos que en ella, un escritor-personaje-narrador (una suerte de *alter ego* del mismo Vargas Llosa, pues practica su *jogging* mañanero por el malecón de Barranco en Lima, tal y como acostumbraba el propio autor en los tiempos de escribirse la narración que nos ocupa) intenta reconstruir en una novela, la historia de una intentona revolucionaria ocurrida a fines de los años cincuenta en la pequeña población andina de Jauja, antigua capital del Perú¹. Esta era dirigida por un activista marxista cuarentón —Mayta— y un joven militar, flaquito y veinteañero de nombre Vallejos. El escritor-personaje de la novela, veinticinco años después de la insurrección, va recogiendo testimonios por medio de

¹ Los hechos reales del conato subversivo en Jauja que inspiran la novela ocurren en 1962. Datos históricos lo confirman. Se ha señalado que en su recreación literaria Vargas Llosa coloca estos acontecimientos en 1958 para que puedan dar la impresión de que este hecho en particular fue el principio de todo el movimiento revolucionario que sufre el país en el presente de los años ochenta, cuando se escribe la novela.

entrevistas a personajes que conocieron a Mayta y vivieron los hechos del conato subversivo.

Con relación al tema de la “ficción” que intento asediar, debo registrar el hecho de que, al penetrar en el análisis que hace Vargas Llosa de *Don Quijote de la Mancha*, resulta fácil detectar mecanismos y temas literarios convergentes. No son pocos. Nuestro autor señala que el “sueño” —sueño “imposible”, por cierto— que convierte a Alonso Quijano en don Quijote de la Mancha consiste en *transformar la ficción* —aquella que leía en los libros de caballería— *en historia viva* (2004: XVI, énfasis nuestro). Se trata de un mundo —anota Vargas Llosa— que “*solo existió en la imaginación, en las leyendas y las utopías que fraguaron los seres humanos para huir de algún modo de la inseguridad y el salvajismo en que vivían los hombres y las mujeres del Medioevo*” (2004: XIV, énfasis nuestro). Nuestro autor entiende que los ideales que Mayta y Vallejos quieren vivir —aquellos de Marx, Lenin y Trotski— son utópicos: “la novela pretende mostrar *la fuerza tremenda de este sueño. Lo difícil que es desarraigarlo...*” (Entrevista de Arroyo, 1984, énfasis nuestro). Vargas Llosa parece dispuesto a pasar juicio; literariamente también lo hizo en su anterior novela *La guerra del fin del mundo* (1981), novela apocalíptica que aborda el fanatismo religioso², la corrupción política y las ideologías fosilizadas y utópicas, temas que la crítica ha vinculado con la novela que nos ocupa. En entrevista con Federico de Cárdenas y Peter Elmore, Vargas Llosa señala que si algo quiere demostrar *La guerra del fin del mundo* es “el fracaso de las ideologías, al explicar el fenómeno humano, individual o social” (1981:129). En *Historia de Mayta*, más allá de su andamiaje paródico —como enseguida veremos— se intenta demostrar que lo que se pretende llevar a cabo es una “revolución imposible”, como señala el propio autor en una entrevista posterior (Entrevista de Arroyo, 1984). Apostilla: “la ficción que se entroniza como verdad... y no lo es,... es la que nos lleva a las grandes catástrofes”; se trata de una ficción política que “produce muertos”, muy diferente a la ficción

² Aníbal González, quien estudia el papel de lo sagrado y la religión en el desarrollo de la narrativa hispanoamericana y su aprovechamiento estético para dotar a la novela de una mayor trascendencia artística, intelectual e incluso espiritual, ve que en *La guerra del fin del mundo* a la vez que se dismantela el andamiaje de la teología literaria, el tema de la religión y su relación con la sociedad se vuelve más explícito (2012:13). De paso, agradezco su amable gesto al enviarme una copia personal de su conferencia magistral, titulada “Novela y religión en Mario Vargas Llosa: *La guerra del fin del mundo*”, dictada durante la celebración de la Fiesta de la Lengua en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, en 2012.

literaria que “no hace daño” (Entrevista de Arroyo, 1984). “Creo —añade el autor peruano— que Mayta y Vallejos hacen lo que hacen *porque viven una ficción; ...confunden enteramente la realidad con una ilusión que ellos mismos han creado* a partir de... su idealismo y... de sus propias frustraciones” (Entrevista de Rivera Martínez, 1984: 156). Estas declaraciones, claro está, hacen ostensible otros relieves: más allá de que saltan a la vista las ideas conservadoras y de derecha que caracterizan al escritor, utiliza el tema “de la ficción” para ridiculizar sus ideales y crea para ellos, con toda intención, una “revolución” que a todas luces carece de posibilidades.

A partir del universo semántico con que se reviste la aventura de Mayta en la sierra andina (repasémosla con adjetivos diseminados a lo largo del texto y que el narrador jerarquiza: una revolución “ilusa”, “disparatada”, “alocada”, “ridícula”, “una aventura”, “una majadería”), esta resulta tan inverosímil y ficticia como aquella vida caballeresca que —al modelo del *Amadís y Orlando furioso*— pretende imitar don Quijote, aunque el subversivo peruano ni se desnude, ni salte dando zapatetas al aire, como lo hizo Don Quijote en el episodio de la Sierra Morena. Lo que sí se puede destacar es la garrafal incapacidad que poseen ambos protagonistas para estos menesteres: uno para fungir como caballero andante, el otro para armar una revolución. Resulta significativo que Mayta “jamás había agarrado un arma” (139)³; además, para rematar su imagen debilucha -recordemos que nos encontramos en las inmensas alturas de la sierra andina - Mayta se convierte en paciente perpetuo del mal de altura, conocido en los países andinos como el soroche. Sabemos de sus síntomas: provoca mareos, fuertes palpitaciones, vómitos, intenso vértigo, o para usar la descripción del cronista jesuita José de Acosta, la sensación era similar a “una congoja mortal”, y que a cada vuelta de página interrumpe sus funciones revolucionarias.⁴ De otra parte, nuestro protagonista tampoco tenía un partido que lo apoyase; era prácticamente, además de Vallejos, “él solito”, señalaba uno de los entrevistados por el escritor (139). En Lima, su grupo se componía escasamente de *siete* miembros, ya en Jauja, de *siete* josefinos, me explico: siete adolescentes —estudiantes del Colegio San José (de ahí josefinos)— que entusiasmados se le habían unido.

³ Las citas de *Historia de Mayta* las tomo de la edición de Seix Barral, 1984.

⁴ En mi libro “*Tengo ante mí la montaña*”: *el ciclo serrano de Mario Vargas Llosa* (en prensa), elaboro una “metonimia serrana” que descubrí con relación al “mal de altura” que padece Mayta mientras se encuentra en la sierra peruana y las consecuentes reverberaciones espaciales que genera en el texto.

Por otro lado, también recordamos el análisis que hace Vargas Llosa, como lector atento de las novelas de caballerías⁵, de *Tirant lo Blanc*, del valenciano Joanot Martorell. En los ensayos sobre esta obra que se recogen en *Carta de batalla por Tirant lo Blanc* (1991)⁶, el escritor peruano la examina como novela militar y cataloga las diversas batallas que allí se fraguan: unas “de a mentira”, otras de “pocos combatientes”; otras “solo de infantes”, o “solo de ecuestres o mixtos” (1991, 15). Resulta tentador pensar que tres de los tipos de “batalla” que Vargas Llosa describe en *Tirant lo Blanc* bien pueden aplicarse a la patética contienda a mano armada de Mayta: se trata de una peripecia “de a mentira”, “de infantes”⁷ y de muy “pocos combatientes”. Como ya vimos, la revolución la componían “Vallejos, Mayta, Condori, Zenón González y su cortejo de siete infantes” (275, énfasis nuestro).

A tenor con esto, difícil olvidar aquel episodio del “mitin” político y la insistencia de Mayta en convocarlo, luego de que asaltaran uno de los bancos del pueblo de Jauja para financiar la causa. El mitin, señalaba Mayta, resultaba esencial: era preciso “aleccionar al hombre de la calle... explicarle [el] sentido... de la lucha clasista, ... acaso repartir el dinero” (262). “Allí, en la plaza del pueblo, frente a la glorieta donde Mayta se había trepado, había tan solo *un fotógrafo ambulante, el grupito de indios petrificados en una banca que evitaban mirarlos y cinco josefinos*” (262, énfasis nuestro). *Es decir*, para formularlo en lenguaje popular: ¡cuatro gatos! Al igual que cuando llegaron al poblado de Quero —donde tam-

⁵ Asegura el autor que cuando era estudiante de Letras, allá por 1953 o 1954, su profesor de literatura española despachó con unas cuantas frases ignominiosas (descubrió después que las había tomado prestadas de don Marcelino Menéndez Pelayo) todo un género narrativo: las novelas de caballerías. Lo acusó de profuso, confuso, irreverente y obsceno; su espíritu de contradicción —señala Vargas Llosa— lo precipitó a comprobar si aquellos libros eran tan horribles como los pintaba su profesor. El primero de ellos que la biblioteca puso en sus manos fue, precisamente, *Tirant lo Blanc*. De ahí entendió la gran injusticia que recaía sobre un género de gran invención y originalidad (*Carta de batalla por 'Tirant lo Blanc'*, 1991, 87-90).

⁶ *Carta de batalla* recoge los ensayos escritos desde 1969 hasta 1991, año en que Seix Barral los publica. En uno de los primeros ensayos, Vargas Llosa intenta destacar “la diversidad casi inagotable” de *Tirant lo Blanc*, al sugerir que puede ser al mismo tiempo una novela imaginaria y realista, costumbrista y militar, cortesana y erótica, psicológica y de aventuras (1991: 13-15, 93-94).

⁷ El vocablo “infante” tiene varias acepciones; entre otras, “niño que aún no llega a la edad de siete años”, “hijo del rey”, o “soldado que sirve a pie” (RADLE). Al parecer, Vargas Llosa se refiere a esta última, además de aludir irónicamente a la corta edad de los combatientes.

poco aparecieron quienes se habían comprometido a apoyarlos— Mayta escudriñaba una y otra vez la verde placita “como queriendo, a fuerza de voluntad, materializar a los ausentes” (274): “*Hagamos el mitin con los que haya*”, dijo (262). Pero la mofa va *in crescendo*: “ellos llamaban a la gente que andaba por la glorieta, por el atrio, por los portales y nadie iba... Hasta a los camioneros les rogaban “*Paren*”, “*Bájense*”, “*Vengan*”. Pero “ellos aceleraban desconfiados” (262, *énfasis nuestro*). La pachotada de que en vez de venir, huyen, no es aislada: “*En vano llamaban con las manos y a gritos a los grupos curiosos de las esquinas de la Catedral y del Colegio del Carmen. Si los josefinos hacían la tentativa de ir hacia ellos, corrían*” (262). En una última y única oportunidad —patética por cierto— Mayta decide lanzar su discurso cumbre: señala el narrador que “*haciendo bocina con sus manos*”, vocifera: “Nos hemos alzado contra el orden burgués, para que el pueblo rompa sus cadenas! Para acabar con la explotación de las masas! Para repartir la tierra... para poner fin al saqueo imperialista...!” (262, *énfasis nuestro*). Y le dice Vallejos: “*No te rajés la garganta, están muy lejos y no te oyen!*” (263, *énfasis nuestro*). Finalmente, reconocen que “era... indicio de que los cálculos... habían errado respecto a los propios conjurados...” (262), se percatan de que no hay na die y surge un comentario sensato: “Estamos perdiendo el tiempo” (263, *énfasis nuestro*). Vale la pena resaltar, que momentos más tarde, acepta para sí Mayta: “Bueno, *no, ... no hubo mitin, pero por lo menos, se le había quitado el soroche* (263, *mi énfasis*). Por otro lado, el mismo fotógrafo que estaba sentado en la plaza y al cual ya aludimos —al ser entrevistado por el escritor— remata la broma: “Todo el mundo le ha dicho que no hubo mitin, porque nadie quiso oírlo. *Pero sí hubo mitin*. Estuve ahí, lo vi y lo oí. ... sí lo vi. La verdad, fue un mitin *para mí solito*” (262, *énfasis nuestro*). Se trata de algunas de las “pequeñas catástrofes” —así describe Vargas Llosa las aventuras desquiciadas que vive Don Quijote— de la peripecia de Mayta que colman el texto y que no hacen otra cosa sino insistir en la “imposibilidad de su sueño”.

De lo que no hay duda, y lo que nos interesa acentuar aquí, es que esta amalgama de elementos abona a la devaluación del esfuerzo insurreccional, salpicada de una “comicidad irreverente” (utilizo la frase de Vargas Llosa para describir las batallas de *Tirant lo Blanc*). Mofa de la izquierda revolucionaria que indigna —entre otros— a Antonio Cornejo Polar, y que

genera una agria confrontación ideológica entre ambos⁸. En un agudo ensayo crítico sobre la obra, “La historia como Apocalipsis” (1984), Cornejo Polar hace hincapié en la ingenuidad grotesca que la novela le achaca al conato subversivo: “individuos enloquecidos”, “personajes delirantes”, frases que le permiten al autor afirmar un heroísmo absurdo (248 n. 7). Más grave todavía le parece a Cornejo Polar el hecho de que en *Historia de Mayta* la revolución surja en el vacío, producida por el delirio o irresponsabilidad de ciertos individuos más o menos mesiánicos, sin relación a las condiciones económico-sociales del país. Señala que cuando el narrador evoca el año 1958⁹, no alude casi para nada a los gravísimos problemas sociales del Perú de entonces, salvo cuando recuerda que el joven Mayta se privaba de algunas comidas para compartir el destino de los pobres (250); es decir, como si la revolución no tuviese algún tipo de justificación o razón de ser. Ciertamente la indignación de Cornejo Polar fue contundente; muestra de una incisiva y bien lograda parodia en *Historia de Mayta*.

Algo más se debe destacar. Se ha insistido en que la ficción es un asunto central en el *Quijote* porque el hidalgo manchego que es su protagonista ha sido “desquiciado”, “se le secó el cerebro” (I. I: 73) por las fantasías de los libros de caballerías (“llenósele la fantasía de... *disparates imposibles*”, señalaba el narrador (I. I: 73, énfasis nuestro), y como señala Vargas Llosa, “creyendo que el mundo es como lo describen las novelas de Amadises y Palmerines, se lanza a él en busca de unas aventuras que vivirá de manera paródica, provocando y padeciendo pequeñas catástrofes” (2004: XV), como ya advertimos. También se ha señalado que la idea de que lo que intentaban Mayta y Vallejos era una “locura”, se repite a lo largo de la novela. A tenor con esto, resultan muy oportunas las declaraciones de otro entrevistado, el compañero político de Mayta durante los años jóvenes, quien funge como el director del Centro de Acción para el Desarrollo en Lima: Moisés Barbi Leyva. El año en que Mayta estuvo en San Marcos —señala el entrevistado— se hizo aprista, y “después, *se hizo de todo*, esa es la verdad... *aprista, comunista, escisionista, trosco. Todas las sectas y capillas. No pasó por otras porque entonces no había*

⁸ Esta y otras críticas ha hecho Cornejo Polar a las obras más conservadoras de Vargas Llosa; el último responde a ellas de modo punzante en su autobiografía *El pez en el agua* (1999: 340-341).

⁹ Los hechos reales que inspiran la novela —como ya se ha dicho— ocurren en 1962.

más...” (38, énfasis nuestro). Me atrevo a sugerir que de la manera en que se articula la trayectoria ideológica de Mayta, es fruto de una “indigestión política” tan intensa como la “indigestión literaria” de don Quijote con sus tantas lecturas de los libros de caballería. Esto, claro está, subraya la burla del carácter aventurero e impaciente de Mayta: era “*inestable, alocado*” (38, mi énfasis), sostiene Moisés. Más adelante afirma que lo más fuerte en él era “*discrepar*”; “*infantilismo de izquierda*, hechizo de la contradicción —no sé cómo llamarlo— la enfermedad de la ultraizquierda. Ser más revolucionario que, ir más a la izquierda que, ser más radical que...; esa fue la actitud de Mayta toda su vida” (40, énfasis nuestro). Estas exageraciones invitan a la parodia, que según Frederic Jameson, surge para mimetizar estilos o comportamientos excéntricos, ridiculizando sus excesos, lo que se perfila diáfananamente en *Historia de Mayta*. Las exageraciones a las cuales el organizador del relato somete a la gestión de nuestro protagonista, no hace otra cosa sino “destronar al héroe principal”, idea de Bajtin con relación a la fórmula apropiada para articular la parodia; pero, sobre todo, logra socavar su ideología, al demostrar que la finalidad y la justificación de su proceder son tan ilusos como el fuego fatuo.

Como era de esperar, la imagen del fanático queda claramente configurada en la caracterización de Mayta. No hay que insistir en aquella de don Quijote, quien “con la incommovible fe de los fanáticos, atribuye a malvados encantadores que sus hazañas se tornen siempre a desnaturalizarse y convertirse en farsas” (Vargas Llosa, 2005: XV). En la novela peruana, la sentencia es corta pero contundente: “Mayta es un fanático”, advierte el escritor-personaje, quien se pregunta “si el Mayta que me sirvió de modelo podría ser llamado fanático [también], si el de mi historia lo es. Sí, sin duda...”, concluye (341). Mayta no culpa a elementos mágicos de su fracaso, claro está, pero como vimos, se *enterca* —palabras textuales del narrador— con siete josefinos en llevar a cabo una revolución que a todas luces carece de posibilidades.

Lo que quisiera añadir es que —aunque fanáticos— tanto Don Quijote como Mayta actúan desde la generosidad, desinteresadamente. Padecen una suerte de “locura noble”, para utilizar la frase de Ramón Menéndez Pidal (1940: 37) al referirse al caballero manchego —que muy bien puede aplicarse a Mayta—, impulsado por un deseo —como señala Martín de Riquer— de preservar unos valores de justicia y equidad (2004: XXX). A Mayta, hermano de Don Quijote en su sed de enderezar entuertos, lo

impulsa la búsqueda de justicia social a través de los principios obreros y los manifiestos que propulsaban Marx, Lenin y Trotski, cuyas “caras barbadas” colgaban en “el interior del garaje” donde se llevaban a cabo las reuniones clandestinas en Lima (37). Recorro a la afirmación de su compañero Moisés, a quien ya conocemos: “era un buen tipo... en todos esos cambios *no hubo ni pizca de oportunismo. Sería inestable, alocado, lo que quieran, pero, también, la persona más desinteresada del mundo* (39, énfasis nuestro). Muy diferente, por cierto, de aquellos revolucionarios mexicanos que se perfilan en *Los de abajo* (1916), de Mariano Azuela, quienes terminan saqueando indistintamente para su propio beneficio.

Resulta pertinente dejar establecido aquí que mi análisis con relación a este tema no pretende sugerir que, en cierto sentido, el texto moderno sea palimpsesto del antiguo; tampoco es mi interés convertir a Mayta en un Quijote moderno. Aunque las intertextualidades se anuncien por sí solas, mi objetivo, más bien, es el de calibrar la intensidad de la parodia que literariamente logra Vargas Llosa en la historia “política” de Mayta. Una parodia vehemente y feroz que —hay que reconocer— ha herido muchas sensibilidades.

Una apostilla debo añadir: no hay modo de dejar de mencionar —en este tema de la ficción— al narrador de *Historia de Mayta* -demasiado visible y de inoportuna presencia para algunos. No deja de opinar y de mostrarle al lector los mecanismos con que va construyendo su novela y con insistencia nos recuerda que lo que leemos es historia de ficción. Razón —señala Susana Reisz de Rivarola (1987)— por la cual parte de la crítica ha visto en *Historia de Mayta* una novela fallida (de ahí la queja de Vargas Llosa en su prólogo) en la que la ficción no llega a cuajar por la constante confrontación de lo ficticio con lo real; ciertamente, imposible olvidar al narrador-personaje, quien nos lo advierte ¡tantas veces! que Antonio Cornejo Polar llega a contarlas y lo ve como error de construcción (1985:243). Aunque esta modalidad narrativa es tan antigua como el género, Reisz de Rivarola la ve como novedad, en el sentido de que Vargas Llosa cambia su rumbo literario al presentar en forma novelesca sus concepciones acerca de la ficción literaria (1987: 835).

Se trata aquí de los diversos grados de aproximación que provoca el texto. Yo añadiría que estamos arañando de nuevo la modalidad del recurso cervantino: más allá de que las instancias narrativas en *Don Quijote* se multiplican (por cierto, tantas afloran que Luce López-Baralt considera

que nos invita al “vértigo”¹⁰, pues, más allá del misterioso Cide Hamete Benengeli, la cuenta de autores-narradores se nos pierde, al tratar de descifrar quién nos narra y desde dónde. Claro está, se trata también, de la conciencia metaficcional de los textos que abordamos. Recordemos, por ejemplo, cuando don Quijote, más allá de invocar a su propio historiador, insiste en redactar —él mismo— los renglones iniciales de su propia historia (I. I: 80). Tampoco se olvida el muy citado desconcierto de Sancho en la segunda parte del *Quijote*, al enterarse de que andaba ya en libros la historia de su amo. Más escalofriante le resulta el hecho y cito en directo al escudero: “que me mientan a mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza... con otras cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice de cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió” (II. II: 57). Constatemos la conciencia metaficcional en *Historia de Mayta* —abordaremos tan solo un *exhibit*, pues la prueba documental resulta extensa— cuando el escritor-narrador-personaje le explica a una de las entrevistadas de quien tomará testimonio sobre los sucesos de Jauja, le dice: “No va a ser la historia real, sino, una novela. —Entonces, para qué tantos trabajos—insinúa ella, con ironía—, para qué tratar de averiguar lo que pasó, para qué venir a confesarme de esta manera. ¿Por qué no mentir más bien desde el principio?” (77). El escritor narrador le aclara: “En una novela siempre hay más mentiras que verdades... Esta investigación, esas entrevistas, no eran para contar lo que pasó realmente en Jauja, sino, más bien, para mentir sabiendo sobre qué mentía... en mis novelas siempre trato de mentir con conocimiento de causa” (77).

No importa el modo en que clasifiquemos a este narrador plural, ya impertinente, ya metaficcional o cervantino; lo que no se puede cuestionar es la punzante crítica al código de valores ideológicos latentes en los movimientos de izquierda —crítica provocada, en parte, tal vez, por el estado de sitio en que Sendero Luminoso mantenía al país al momento de escribir la novela—. Quisiera solo glosar un ejemplo final: el de su prólogo al libro de ensayos de autoría colectiva con el título *Manual del perfecto idiota latinoamericano* (1996), donde se hace burla del izquierdista, a quien Vargas Llosa le nombra como “el idiota de marras” (1996:12). La mofa es tan despiadada como la que sufren los ideales de Mayta. Para el lector queda

¹⁰ Véanse de su autoría “Una invitación a la locura: las instancias narrativas del Quijote” (2005) y “Cervantes y la libertad de la escritura: el juego de espejos de las instancias narrativas del Quijote” (2009).

claro que Mayta —y todo lo que representa— es para el Nobel peruano otro “perfecto idiota latinoamericano”. Bien visto, el tema de la “ficción” en *Historia de Mayta* —también para Cervantes en *el Quijote* como esquema demoledor de las novelas de caballería— resultó la mejor herramienta para trazar una parodia literaria y feroz.

OBRAS CITADAS

Acosta, José de. *Historia natural y moral de Las Indias* (Sevilla, Juan de León, 1590).

G. Beddall, ed. y comp. *Hispaniae Scientia*, Valencia: Valencia Cultural, 1977. Impreso.

Cervantes Saavedra, Miguel de. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Luis Andrés Murillo, ed. Madrid: Clásicos Castalia, 1991. Impreso.

Cornejo Polar, Antonio. “La historia como apocalipsis”. *La novela peruana: siete estudios* (1977). Segunda edición ampliada. Lima: Editorial Horizonte, 1989. 243-256. Impreso.

Jameson, Frederic. “Postmodernism and Consumer Society”. *The Cultural Turn: Selected Writings on the Postmodern 1983-98*. New York: Verso, 1998. Impreso.

López-Baralt, Luce. “Una invitación a la locura: las instancias narrativas del Quijote”, *Primer Congreso Internacional de Lengua, Literatura y Educación*. Depto. de Educación, Puerto Rico, Ponce, Puerto Rico, 2005. 64-81. Impreso.

———. “Cervantes y la libertad de la escritura: el juego de espejos de las instancias narrativas del Quijote”. *Actas del XXI Coloquio Cervantino Internacional (Cervantes y la libertad)*. Guadalajara: México, 2009. Impreso.

Reisz de Rivarola, Susana. “La historia como ficción y la ficción como historia. Vargas Llosa y Mayta”. *Nueva Revista de Filología Hispánica* (1987): 835-853. Impreso.

Riquer, Martín de. “Cervantes y el “Quijote”, *Don Quijote de la Mancha*. Edición del IV

Centenario. Madrid: Real Academia Española, 2004. XLV-LXXV. Impreso.

- Vargas Llosa, Mario. *Carta de batalla por 'Tirant lo Blanc'*. Barcelona: Seix Barral, 1991. Impreso.
- . *Historia de Mayta*. Barcelona: Seix Barral, 1984. Impreso.
- . “Presentación: El perfecto idiota latinoamericano”. Plinio Apuleyo Mendoza, Carlos Alberto Montaner y Álvaro Vargas Llosa, *Manual del perfecto idiota latinoamericano*. Barcelona: Plaza Janer, 2001. Impreso.
- . “Una novela para el siglo XXI”, Prólogo a *Don Quijote de la Mancha*. Edición del IV Centenario. Madrid: Real Academia Española, 2004. XII- XXVII. Impreso.